X.

Volvamos á nuestro amigo Juanelo, á quien vimos salir de casa de Melitona en un estado de desesperacion tal, que rayaba en demencia. Murmurando maldiciones y haciendo gestos horribles llegó, sin saber cómo, á la puerta de Hierro, y comenzó á andar por el camino á la ventura.

Al cabo de una ó dos horas de marcha, Juanelo, rindiéndose bajo el peso de sus ideas, se dejó caer boca abajo en una gavia del camino, y apoyándose sobre los codos cubrióse la cara con las manos, y se quedó inmóvil en un estado de completa postracion.

—No me ama, ama á otro, se repetia Juanelo,

para convencerse de esta verdad fatal que su corazon rehusaba admitir. ¿Es esto posible? Ella, tan orgullosa, tan insensible, haberse apasionado de pronto de un desconocido; mientras que yo, que no vivia más que para ella, que venia siguiéndola desde hace dos años contínuamente, no he podido obtener de sus lábios una palabra de esperanza, ni una sonrisa amistosa. Yo me quejaba entonces; pero aquello era el paraiso en comparacion con lo que sufro hoy. Si no me amaba, al menos tampoco amaba á nadie.

Podia verla; me decia que me marchara, que no volviera, que la enojaba, que la fatigaba, que la asediaba, que no podia sufrir por más tiempo mi tiranía; pero al menos, cuando me retiraba, quedaba sola; por la noche rondaba bajo su ventana, loco de amor, ébrio de deseo; sabia que reposaba castamente sobre su lecho; no temia ver dos sombras detrás de los visillos de su ventana; aunque desgraciado, saboreaba esta amarga dulzura, que ninguno gustaba más que yo. No poseia el tesoro, pero tampoco ninguno tenia la llave.

Y ahora todo ha concluido, no me queda ninguna esperanza! Si me rechazaba cuando no amaba á nadie, ¿qué será ahora, que su repulsion hacia mí se aumentará á medida que su amor hácia el otro? ¡Oh!

tanto cuidado como tenia en separar de mi camino á los que atraia su belleza. ¡Al pobre Lúcas y á Ginés los despaché por nada! !Y he dejado pasar al otro, al verdadero, al peligroso, al que era preciso matar! ¡Oh! ¡imbécil! ¡Oh! ¡torpe!...

Cuando se haya curado, le provocaré por segunda vez, y entonces no erraré el golpe. Pero si lo mato, Melitona no querrá volverme á ver jamás; de todos modos, la he perdido para siempre. Esto es para volverse loco; no hay medio alguno. Si muriera de resultas de alguna catástrofe repentina, un incendio, un terremoto, una peste. !Oh! ¡no tendré semejante dicha! ¡Cuando pienso que esa alma tan hermosa, ese cuerpo tan divino, esos ojos, esa sonrisa, esa garganta, ese talle tan esbelto, ese pié de niña, todo es de él! Podrá coger su mano sin miedo de que la retire; atraer hácia sí su hermosa cabeza sin que la vuelva con desden.

El mundo está mal ordenado; seria preciso que cada amor hiciese nacer su semejante; entonces no se experimentarian estas desesperaciones.

Diciendo esto, se levantó de un brinco y volvió á emprender su carrera á través del campo.

Vagó así todo el dia, con la cabeza trastornada, los ojos desencajados y los puños fuertemente contraidos; crueles alucinaciones le representaban á

Andrés y Melitona paseando juntos, cogidos de la mano, abrazándose y envolviéndose mútuamente en apasionadas y lánguidas miradas, bajo los aspectos, en fin, más terribles para un corazon celoso. Todas estas escenas se representaban ante su imaginacion con colores tan vivos, que más de una vez se lanzó como en persecucion de Andrés; pero no tocaba más que aire y se paraba como sorprendido de su vision.

Las formas de los objetos comenzaban á confundirse á su vista; se sentia desfallecido; dolíanle las sienes, como si estuvieran apretadas por un círculo de hierro, centelleaban sus ojos y, á pesar del sudor que corria sobre su rostro y los rayos de un sol de junio, tenia frio.

De pronto sintió Juanelo que le tocaban en el hombro; volvióse y se encontró con un carretero que con afligido tono y mirándole con aire de imbécil, le suplicó le ayudase á levantar su carreta, que habia volcado sobre una de las piedras del camino, y para lo cual eran inútiles los esfuerzos de sus bueyes.

Juanelo, sin responder palabra, se encaminó hácia donde se hallaba la carreta, y se preparó para levantarla; pero las manos le temblaban, flaqueábanle las piernas, sus músculos se negaban á res-

ponder á aquel intempestivo llamamiento. La levantaba un poco, la dejaba caer, estenuado, jadeante.

—A juzgar por las trazas, le creia á V. con más fuerzas que esas, dijo el boyero asombrado del poco éxito de los esfuerzos de Juanelo.

No tenia fuerzas, estaba malo.

Sin embargo, picado su amor propio por la observacion del boyero, y orgulloso de sus músculos, como un gladiador romano, reunió todo lo que le quedaba de vigor y dió una furiosa acometida.

La carreta se encontró sobre las ruedas como por encanto, sin que el boyero hubiese puesto la mano en ella. El empuje habia sido tan violento, que estuvo á punto de volcar al otro lado.

—¡Caramba, mi amo! exclamó maravillado el boyero; desde el hércules de Ocaña, que arrancaba las rejas de las ventanas, y Bernardo del Carpio, que sujetaba con un dedo las ruedas de un molino, no he visto otro parecido.

Pero Juanelo no respondió, y cayó desvanecido sobre el camino, como cae un cuerpo inerte, para servirnos de la fórmula dantesca.

—¿Se habrá roto quizás algun vaso del cuerpo? dijo el boyero aterrorizado. No importa; puesto que ayudándome le ha acometido el accidente, voy á

ponerle sobre la carreta y le llevaré á San Agustin de Alcobendas, dejándole en cualquiera posada. El desvanecimiento de Juanelo duró poco, á pesar de no haberle aplicado sales en espíritu, cosas de que los boyeros están generalmente desprovistos; pero el torero no era una dama.

El boyero le cubrió con su manta. Juanelo tenia fiebre y experimentaba una sensacion hasta entonces desconocida para él: ¡la enfermedad!

Llegados á la posada de San Agustin, pidió una cama y se acostó.

Le acometió un profundo sueño, ese sueño invencible que se apodera de los prisioneros indios en medio de las torturas que les impone la ingeniosa crueldad de los vencedores, y del cual gozan los condenados á muerte la mañana del dia de la ejecucion.

La debilidad de los órganos enerva el alma.

Este estupor de doce horas salvó á Juanelo de la demencia; se levantó sin fiebre, con la cabeza despejada, pero débil, como en la convalecencia de una enfermedad de larga duracion. El suelo se movia bajo sus piés, la luz lastimaba sus ojos, el menor ruido le aturdia. Un gran cambio se habia operado en él. En el lugar donde otras veces existia

su amor, quedaba un vacío, que nada podia ya llenar en adelante.

Estuvo un dia en la posada, y encontrándose mejor, porque su robusta naturaleza recobraba pronto su habitual energía, alquiló un caballo y se dirigió hácia Madrid.

Argamasilla y Covachuelo, aquel Orestes y aquel Pílades de la policía, se habian puesto en campaña para descubrir el paradero de Juanelo y prenderle; pero procedian con suma delicadeza, en consideracion á las costumbres poco civiles del torero; hasta podia creerse, y algunos envidiosos, recelosos de la posicion de los dos amigos lo afirmaban rotundamente, que Covachuelo y Argamasilla tomaban informes para no encontrarse con el que estaban encargados de prender; pero un espia torpe llegó á decir que habia visto entrar al culpable en la Plaza de los Toros, con aire tan tranquilo y reposado como si nada tuviera sobre su conciencia.

Fué, pues, preciso obrar. Conforme se dirigian al sitio designado, Argamasilla decia á su amigo:

—Te lo suplico, Covachuelo, no cometas ninguna imprudencia; modera tu heroismo; ya sabes que el tunante tiene la mano ligera; no expongas la

vida del primer agente de policía que ha existido jamás al furor de un bruto.

—Tranquilízate, respondió Covachuelo, haré todo lo posible para que no pierdas tu amigo. No emplearé la fuerza sino en el último extremo, cuando haya apurado todos los medios parlamentarios.

Juanelo, en efecto, habia entrado en la Plaza á fin de ver los toros que acababan de encerrar para la corrida del dia siguiente, más bien impulsado por la costumbre que por una idea preconcebida.

Estaba aún en el redondel, cuando Argamasilla y Covachuelo llegaron seguidos de su escolta.

Covachuelo, con la mayor finura y empleando las fórmulas más ceremoniosas, notificó á Juanelo la órden de prision.

Juanelo se encogió desdeñosamente de hombros y siguió su camino.

A una señal del alguacil, dos agentes se arrojaron sobre el torero, de los cuales se desprendió con un leve esfuerzo.

Toda la escolta cayó entonces sobre Juanelo, quien envió á tres ó cuatro á quince pasos de él, despues de hacerles dar unas cuantas vueltas por el aire; pero como el número acaba siempre por vencer á la fuerza personal, y cien pigmeos tienen regularmente más poder que un génio, Juanelo,

rugiendo como un leon, se habia ido poco á poco acercándose al toril, y allí, desembarazándose con una brusca sacudida de las manos que le sujetaban, abrió la puerta, se precipitó en aquel peligroso asilo y se encerró, como aquel domador de fieras que, perseguido por los gendarmes, se refugió en la jaula de sus tigres.

Los sitiadores trataron de cortarle esta retirada; pero la puerta que querian cercar se abrió de pronto, y un toro, echado del toril por Juanelo, se lanzó con la cabeza baja sobre la aterrorizada banda.

Los pobres diablos no tuvieron más tiempo que el preciso para saltar sobre las barreras; uno de ellos no pudo evitar un ligero varetazo.

—¡Diablo! dijeron Argamasilla y Covachuelo, esto va á convertirse en un sitio en toda regla.

—Tentemos un nuevo asalto.

Esta vez, no uno, sino dos toros salieron juntos y arremetieron á los sitiadores; pero como estos se dispersaron con la ligereza que da el miedo, las fieras, no viendo más enemigos humanos, volviéronse la una contra la otra, cruzaron sus cuernos, y, apoyando fuertemente sus pezuñas en la arena, hicieron prodijiosos esfuerzos para derribarse.

Covachuelo gritó á Juanelo, preparándose con precaucion tras del batiente de la puerta.

—Amigo, tiene V. todavía cinco toros que soltar; ya sabemos cuáles son sus municiones. Despues de eso, no tendrá V. más remedio que rendirse y hacerlo sin condiciones. Salga V. por su propia voluntad, y le llevaré á la cárcel con todos los miramientos posibles, sin cuerdas ni esposas, en un carruaje, y no haré la menor mencion de la resistencia que ha hecho V. á los agentes de la autoridad, lo que agravaria la causa; ¿qué tal, soy ó no generoso?

Juanelo, no queriendo disputar por más tiempo una libertad que le era del todo indiferente, se puso en manos de Argamasilla y Covachuelo, quienes le condujeron á la cárcel de villa con todos los honores de la guerra. Cuando despues del interrogatorio y del registro de ordenanza quedó solo, se tendió sobre su tablado y se dijo:—¡Si yo la matase! no acordándose que se hallaba encerrado en un calabozo. Sí, eso es lo que yo hubiera debido hacer el dia en que encontré á Andrés en su casa. Mi venganza hubiese sido completa; ¡oh, qué atroz martirio hubiese sufrido viendo á su querida asesinada ante su vista; débil, clavado en la cama, siéndole imposible defenderla; porque á él no le hubiese matado, no, no hubiese cometido nunca tal cobardía! Hubiera huido ó me hubiera yo mismo entregado á la justicia. De todos modos ahora estaria ya

tranquilo. Para que yo viva, es preciso que ella muera. Para que ella viva es preciso que muera yo; tuve la navaja en la mano, y con un solo golpe hubiera terminado todo; pero habia en sus ojos tal expresion de valor y de desprecio, estaba tan arrebatadoramente bella, que no tuve fuerzas, ni valor, yo que hago bajar la vista á los leones cuando los miro en sus jaulas y retroceder á los toros como si fuesen perros falderos.

Tales eran, con lijeras variantes, las ideas que preocupaban á Juanelo en su prision.

Andrés adelantaba rápidamente en su curacion; se habia levantado, y, apoyado en el brazo de Melitona, habia podido dar una vuelta por la habitacion y asomarse á la ventana para respirar el aire; pocos dias despues pudo ya salir á la calle é ir á su casa á disponer lo necesario para su próximo matrimonio.

Sir Eduardo, por su parte, se habia declarado; habia pedido en toda forma la mano de Feliciana Vazquez de los Rios á D. Jerónimo, quien se apresuró á concedérsela. Ocupábase del ajuar y hacia venir de Lóndres trajes y aderezos de una riqueza fabulosa y de un gusto raro. Las cachemiras de chillones colores, entre los que abundaba el escarlata y el verde mitis, hubiesen desafiado las investigaciones de M. Biétrey. Habian sido traidos de Lahore, esa metrópolis de los chales, por el mismo Eduardo, que poseía una ó dos quintas en las cercanías; estaban hechos con el vellon de sus corderos: el alma de Feliciana estaba en la más pura alegria.

Melitona, aunque feliz tambien, tenia sobresalto; temia ser despreciada en la sociedad en que por su union con Andrés se iba á ver obligada á entrar. Tenia el sentimiento del bien, de lo bello, de la poesia, del arte y de la naturaleza, pero nada más que el sentimiento. Sus lindas manos jamás habian tocado las teclas de un piano; no leia la música, aunque cantaba con una voz pura y melodiosa; sus conocimientos literarios se limitaban á algunos romances, y, si no cometia faltas al escribir, era á causa de la sencillez de la ortografía castellana.

—¡Oh, se decia, no quiero que Andrés se avergüenze de mí! Estudiaré, aprenderé, me haré digna de él.

Siempre y cuando no suceda alguna desgracia; esta felicidad tan completa, este porvenir tan risueño me espanta. ¿Y Juanelo, qué será de él? ¿No cometerá aún alguna de las suyas?

—¡Oh! en cuanto á eso no hay cuidado, respondió la tia Aldonza á esta última reflexion de Melitona hecha en voz alta. Juanelo está preso, acu-

sado de asesinato alevoso en la persona del señor de Salcedo, y, vistos los antecedentes del mozo, creo que su asunto va á tener mal desenlace.

—¡Pobre Juanelo, le compadezco ahora! Si Andrés no me amase, ¡seria tan desgraciada!...

El proceso de Juanelo tomaba mal giro. El fiscal presentaba el combate nocturno como alevosía y homicidio, no habiendo ocasionado la muerte por causa independiente de la voluntad de Juanelo. El hecho, considerado de este modo, era bastante grave.

Felizmente, Andrés, por las explicaciones é influencias que puso en juego, redujo el asesinato á un simple duelo, con un arma, es cierto, distinta de las empleadas en semejantes casos, pero que podia aceptar por saber manejarla. Por otra parte, la herida no habia sido muy grave; se hallaba ya perfectamente restablecido, y en aquel asunto habia tenido él, en algun modo, la principal culpa. Las consecuencias habian sido demasiado felices para creer haberlas pagado bien con un simple arañazo.

Una acusacion de asesinato en la que la víctima se presenta defendiendo al asesino, no puede ser sostenida mucho tiempo, ni áun por el fiscal más sediento de vindicta pública.

Así, pues, Juanelo fué puesto en libertad al cabo de algun tiempo, con el sentimiento de deberla al hombre á quien más odiaba en el mundo, y del que por ningun precio hubiese querido recibir el menor favor.

Al salir de la cárcel dijo con aire sombrío:

—Héme aquí, ahora, miserablemente sujeto por este beneficio. O soy un cobarde y un infame, ó en adelante ese hombre es sagrado para mí. ¡Oh! hubiese preferido ir á presidio; dentro de diez años hubiese vuelto y me habria vengado.

A partir de este dia, Juanelo desapareció. Algunos pretendieron haberle visto galopar en su caballo negro hácia el lado de Andalucía.

Lo cierto es que no volvió á vérsele más en Madrid.

Melitona respiró más á sus anchas; conocia bastante á Juanelo para no temer ya nada por su parte.

Los dos casamientos se verificaron al mismo tiempo y en la misma iglesia. Melitona hizo por sí misma su traje de desposada: era una verdadera obra maestra; no lo hubiera hecho mejor la primera modista de Paris.

El tocado de Feliciana era riquísimo, pero estravagante.

Al salir de la iglesia, todo el mundo decia de Feliciana:

—¡Qué gran vestido!

Y de Melitona:

—¡Qué joven tan linda!

XI.

No lejos del antiguo convento de Santo Domingo, en el barrio de la Antequeruela de Granada, sobre la pendiente de la colina, se elevaba una casa de brillante blancura, que resaltaba como si fuera de plata entre las verdes hojas de los árboles que la rodeaban.

Por encima de las tapias del jardin salian las hojas de un emparrado y de la enredadera que las tapizaban interiormente.

A través de la verja de la puerta se veia: primero, una especie de perístilo adornado de un mosáico de guijarros de diferentes colores; des-